

Cataluña

EL DESCONCIERTO DE LA BURGUESIA CATALANA

MANUEL CAMPO VIDAL

LA aprobación del Estatuto de autonomía y de la inmediata celebración de elecciones para el Parlamento de Cataluña fijan una nueva meta en la primavera de 1980 para concluir la operación de reconstrucción de la derecha catalana. Diversas opciones, entre ellas la encabezada por el infatigable Laureano López Rodó, así se lo plantean ya. Sin embargo, el desconcierto de la burguesía catalana alcanza límites tan preocupantes que no sería de extrañar que desaprovechase también esta nueva oportunidad para articularse políticamente frente a los intereses generales del capitalismo español, cuya representación asume el Gobierno de Madrid.

Con las elecciones legislativas del 1 de marzo sobre el punto de mira, se había producido una ambiciosa operación de fortalecimiento de UCD, opción netamente de derecha en Cataluña, al ser desplazada del centro por el partido nacionalista de Jordi Pujol. Un pequeño sector de la Democracia Cristiana, encabezada por Antón Cañellas, y, por otra parte, el pequeño Centre Català de Joaquim Molins y Carles Güell de Sentmenat —la derecha que se complace en llamarse giscardiana— aterrizaron en el portavociones electoral ucedista.

Como única distorsión del proceso quedaba más a la derecha un estrecho margen de votos para Coalición Democrática que valió un escaño para Antonio de Senillosa, probablemente como reflejo de la ambiciosa operación lanzada desde Madrid por Fraga, Areilza y Osorio.

UCD no lograba, sin embargo, el 1 de marzo, absorber el apetitoso espacio electoral de Jordi Pujol y su Convergencia Democrática, que resistió la embestida bipartidista, manteniendo esencialmente sus resultados del 15 de junio.

Pero el relativo avance en el reagrupamiento de las opciones de derecha que expresaba la pequeña progresión electoral de Centristes de Cataluña-UCD en las legislativas quedaba empañado de modo preocupante por la amplia derrota sufrida en las municipales. Ni una pobla-

lización y las ciudades medias y rurales para una abrumadora mayoría de alcaldes pujolistas, la expresión municipal de la derecha está constituida, por lo general, por un variado mosaico de concejales, en el que intervienen desde ucedistas a independientes varios muy vinculados a inte-



Jordi Pujol sólo puede agrupar a una parte de la burguesía.

ción catalana de más de veinte mil habitantes tiene alcalde del partido del Gobierno.

En un artículo publicado recientemente en "La Vanguardia", el pujolista Trias de Bes rechazaba las acusaciones del diputado ucedista José María Mesa Parra, que hacía responsable a Convergencia Democrática del alto número de alcaldes socialistas y comunistas elegidos en Cataluña. Una minuciosa y extensa relación de resultados y poblaciones demostraba que la suma de los votos socialistas y comunistas daba ya las principales Alcaldías a la izquierda de un modo directo. En Salamanca —concluía el artículo—, Jordi Pujol no lanzó su partido a las urnas y, sin embargo, UCD también perdió la Alcaldía.

Esta indisimulable derrota de UCD, de la derecha, en las municipales refleja, en el caso catalán, sin ningún tipo de eufemismo posible, su estrepitosa falta de articulación en las localidades. Reservados los cinturones industriales y las grandes ciudades para la

reses concretos locales que impulsaron agrupaciones de electores.

La parcelación de la derecha a nivel municipal refleja, sin embargo, más allá de esa vinculación a intereses concretos muy localizados, el desconcierto general de la burguesía catalana, incapaz hasta el momento de dotarse de un partido político genuino, con un programa de recuperación y de proyección hacia el futuro.

Esa burguesía, sólo parcialmente agrupable en torno a la figura de Jordi Pujol, cuyo sentido nacionalista prima en algunas coyunturas sobre su sentido de clase, si esa contradicción extrema llega a plantearse, vaga desconcertada de reto en reto, sin conseguir su estructuración definitiva y sólida.

En ese camino, o más bien en ese barrizal, las elecciones para el Parlamento de Cataluña aparecen en el horizonte como un nuevo plazo para encontrar ese orden interno y la pista de despegue: en definitiva, la articulación política

frente a la potente izquierda catalana y la articulación de los intereses específicos del capital catalán frente a los intereses específicos del capitalismo español.

En medio de ese desconcierto, en el que la iniciativa parece agotada, sólo el ex ministro López Rodó, defenestrado de las listas de Coalición Democrática el 1-M, teje pacientemente un nuevo grupo derechista que ofrecer como plataforma al capitalismo catalán, al que seguramente sorprenderá, sumido todavía en sus dudas, la convocatoria de elecciones al Parlamento.

El escepticismo ante esa recuperación de la derecha catalana, expresado ya en TRIUNFO por el profesor Ramón Trias Fragas, alcanza también al consejero de Gobernación de la Generalitat Manuel Ortíz, "príncipe heredero" de Tarradellas, según Manuel Vázquez Montalbán, y considerado, pese a él mismo, uno de los cerebros capaces de estructurar desde la sombra una reacción de recuperación en el interior de la burguesía catalana.

Acudió Ortíz al Fomento del Trabajo, histórica patronal catalana, y emplazó a la burguesía a recuperar su protagonismo, su vitalidad, pero la respuesta se concretó exclusivamente en una salva de aplausos, presumible pero erróneamente esperanzadores. Sólo desde el silencio del Barrio Gótico barcelonés, el cardenal Jubany recogió el mensaje de Ortíz y creyó oportuno reconocer su visión de futuro en unos elogios que le dedicó desde la hoja dominical de la diócesis. Sorprendido Ortíz acudió personalmente, con su agnosticismo a cuestas, a dar las gracias al cardenal. No era, sin embargo, la respuesta de Su Eminencia la que esperaba el consejero de Gobernación de la Generalitat con su estimulante llamamiento a la burguesía catalana. ■